

660161

Mario Bahamonde

Considero que escribir acerca de la obra literaria de Mario Bahamonde, en profundidad, a pocos días de su muerte, constituye una ligereza imperdonable. Será preciso esperar noticias de los estudiosos que tendrán acceso a sus valiosos apuntes y archivos para conocer la magnitud de su obra. Por esta razón me limito a escribir unas líneas, no de compromiso, sino de obligación, sintiéndome frustrado por no haber concurrido a sus exequias, pues hallábase ausente de la ciudad, y teniendo una perenne deuda de gratitud, pues él me acompañó en las exequias de mi madre.

Fui su discípulo por tres años, lapso que creo me autoriza para trazar una breve semblanza de su personalidad y recordar, a través del tiempo, que tanto le fascinaba como a Proust. Suya es la frase "de cuán lejos viene el tiempo". Años después, cuando nos gularon comunes afanes periodísticos y, sobre todo, en la fundación de la sede de la Universidad de Chile, Antofagasta, me distinguió con su amistad.

Pero yo tenía grabada la visión imborrable de aquel maestro de personalidad recia, de voz prematuramente dañada por el tabaco, de nariz un poco torcida por la práctica del boxeo en el Instituto Pedagógico. Del profesor que nos llevó de la mano por los primeros senderos de la gramática, para adentrarnos en los estilos literarios y en todas las manifestaciones del gusto artístico. Porque Mario Bahamonde fue un esteta consumado.

Fue por 1934 que se asoció en Antofagasta, no lejos de su tierra nativa, Talca. Se incorporó a ese cuerpo de profesores de excepción que mantenía el inflexible rector, don Belisario Avilés, en el Liceo de Hombres, y también prestó servicios en la ex Escuela de Salitre y Minas, hoy Universidad Técnica del Estado. Así, perteneció a las últimas promociones de pedagogos que ocupaban lugares de privilegio en los estratos sociales y en la propia comunidad, herencia de la dignidad con que impregnaron el Instituto Pedagógico los sabios alemanes. Después, bien sabemos, dignidades y privilegios fueron aventados por las contingencias de la política.

Sus excelentes técnicas pedagógicas le permitieron iniciar en el culto del castellano y la literatura a alumnos de gran valía, muchos de los cuales siguieron sus aguas, como el recordado Yerto Moretti Castilla, quien le antecedió en su partida de este mundo a una edad muy temprana.

La ética profesional y su ánimo siempre justiciero le impidieron formar grupos o castas de elegidos. Pero gustaba de charlar con los alumnos aficionados a la lectura, de aptitudes artísticas o simplemente capaces de apreciar con criterio estético lo que a los simples parece simplemente aberrante.

Su quehacer fue siempre incansable, impregnado de gran espíritu público. Le apasionó siempre la imprenta y gracias a él el Liceo de Hombres mantuvo una en funciones por muchos años. Fue fundador y

diarista política y colaboró en este diario.

Con el ex director Hugo Silva mantuvo una cordial amistad, a la que se agregaba la del gran educador don Alejandro Covarrubias Zagal, por entonces director de la Escuela Normal de Antofagasta. Aunque nunca llegaron a la pública lisonja, se profesaban mutua admiración.

Decía que por su espíritu público, colaboró en gran medida con José Papic y Jesús Gómez en el fenecido Centro para el Progreso de Antofagasta. Y de más está decir que sin esperar recompensa, los hermanos Jesús, Prudencio y Catalina Gómez Gallo, años más tarde patrocinaron la publicación de varias de sus obras literarias, cuando se hallaba en obligado reposo que él convirtió en un retiro de anacoreta.

En mayo de 1963, dos periodistas de este diario, Luis Gálvez y Atilio Gálvez, sufrieron un grave accidente de tránsito. Luis Gálvez fue por mucho tiempo compañero de pensionado en el Hospital del Salvador, de Mario Bahamonde. En esa fecha cayó afectado por un mal cardiovascular que le obligó a ese reposo y a ese retiro. Quizás si esos 16 años fueron los más ferundos de su quehacer literario iniciado a nivel nacional con la publicación de un cuento suyo en la portada dominical de "La Nación" y que él nos mostró a sus alumnos con sincero júbilo.

Después los años, la experiencia, su pluma privilegiada y su condición de polígrafo le harían acreedor a otros galardones más valiosos y merecidos, a nivel nacional e internacional.

Mario Bahamonde fue un mecenas sin dinero, aunque sea o parezca un contrasentido. Periodistas, escritores, pintores, músicos, actores, escultores, poetas, encontraron en él siempre el consejero sabio y desinteresado, con el aliento oportuno y la ayuda monetaria en casos necesarios, aunque no fue hombre de fortuna. El dinero jamás le alteró ni le desveló.

Siempre recordaré que con honestidad muy característica en él condicionó su nombramiento de Director de Extensión Cultural de la sede Antofagasta de la Universidad de Chile, al apoyo que le prestara este diario. Sólo así lo aceptó. Y él cumplió su misión y el diario su palabra, hasta que el cardiólogo lo llamó al orden.

Por aquel tiempo una de sus más bellas iniciativas fue el homenaje rendido al poeta Volney en su tumba, redescubierta por él oficialmente un primero de noviembre. Volney era un periodista de San Carlos, Oscar Sepúlveda, quien dejó sus huesos impensadamente en estas tierras. En el nicho 406 del Cementerio de Antofagasta recibió sepultura definitiva en 1913, tres años después de haber permanecido en sepultura temporal, y por iniciativa del Ateneo Literario que presidía el obispo don Luis Silva Lemaña.

En ese homenaje se hizo presente el poeta Mario Bahamonde con un delicado soneto impreso en una estampa frágil y delicada que guardo con la dedicatoria de mi

F. V. • 1963 • Museo Antofagasta

Mario Bahamonde [artículo] Mario Cortés Flores.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés Flores, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mario Bahamonde [artículo] Mario Cortés Flores.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa